



DIÁDOCO DE FÓTICE

Por Norma Novoa

“La única meta de la vida ascética es llegar a amar a Dios con una total percepción y con una total certeza del corazón, es decir, con la totalidad de nuestra alma, con la totalidad de nuestro corazón y con la totalidad de nuestro pensamiento. El que es llevado hasta este extremo por la gracia de Dios está ausente del mundo, aunque continúe en el mundo.”

Diadoco

El camino filocálico, que enseña Diadoco de Fótice, implica una concepción unitaria del hombre y presupone que todo él, cuerpo, alma y espíritu, se hace oración, volviéndose pura relación con Dios. Pues a través de la oración los ojos del corazón se abren a la luz divina. La iluminación aportada por la oración procede de una acción del Espíritu Divino, que es Luz. Mediante la continua invocación del Nombre Divino (o Verbo), el ser recobra su armonía interior, su unidad. El espíritu y el

corazón, el alma y el cuerpo, se armonizan. El hombre recobra así su naturaleza original y se recubre con la imagen de Dios y la semejanza divina.

Para llegar a este estado el intelecto debe descender al “corazón” y poner sus raíces allí, donde el hombre es llamado a unificarse, y a superarse, porque *“El camino espiritual es un itinerario que va de lo visible a lo Invisible. Nuestro intelecto tiene que aprender a dejar de mirar y de detenerse en lo exterior para prestar más atención a lo interior y ver allí al Invisible. El asceta paciente es aquel que persevera incesantemente viendo, con los ojos del pensamiento al Invisible, como si fuera visible”*.

Este descenso del intelecto se cumple en la invocación de la presencia del Señor. Su Nombre es pronunciado siguiendo el ritmo de la respiración, imagen en cada ser del Soplo Divino. Esta invocación continua de Nuestro Señor, hecha de un deseo lleno de dulzura y de gozo: *“hace que el espacio del corazón se desborde de alegría y de serenidad”*, ya que *“El ojo contempla lo visible, y el espíritu concibe lo Invisible. Porque el espíritu amado por Dios es la luz de su alma. Aquel cuyo espíritu es amado por Dios tiene su corazón en la luz y ve a Dios a través de su espíritu”*. Es decir, que es el espíritu el que ve la Luz, pero únicamente puede verla en la medida en que permanece en su interior, en un corazón que ha alcanzado su plena pureza. Dia-

doco nos aclara que se trata de una pureza que sólo se logra: *“A partir del momento en que el pensamiento no cesa de decir el Divino Nombre, y el espíritu está totalmente atento a esta sagrada invocación, la luz del conocimiento de Dios cubre con su sombra toda el alma como una nube inflamada en llamas”*, y para poder recibir la Luz divina, el corazón debe quedar vacío de todo pensamiento mundano: *“Porque la gracia de Dios reside en la profundidad del alma, por ello desde las mismas profundidades de nuestro corazón sentimos como brotar el deseo divino, cuando recordamos a Dios fervorosamente. La vista, el gusto y todos los sentidos disipan la memoria del corazón... Nosotros, pues, mirando siempre la profundidad de nuestro corazón con un recuerdo incesante de Dios, vivamos como ciegos en esta vida engañosa”*.

Ahora bien, el único medio para conseguir la proeza de llegar hasta la profundidad del corazón es ocupar al espíritu en el recuerdo continuo de Dios. La contemplación puntual no es suficiente. Hay que llegar a un estado permanente de oración que lleve al espíritu desnudo ante Dios, sin ninguna distracción. En este punto es donde la invocación del Nombre adquiere todo su lugar y su importancia: *“La atención es una incesante paz y dulzura de corazón, más allá de todo pensamiento. Sin agotarse y sin interrumpirse, el alma respira e invoca siempre y sólo a Él”*.

A los que empiezan a orar les recomienda la alternancia entre la invocación pronunciada por los labios y la oración interior: *«Cuando se reza con la boca, hay que decir la oración con calma, dulcemente, sin agitación alguna, para que la voz no enturbie o distraiga la atención del espíritu, hasta que éste se habitúe y progrese en el trabajo de la oración y pueda rezar por sí solo, con la gracia del Espíritu Santo»*. Todas estas indicaciones no tienen más objeto que el de lograr la concentración del cuerpo, del alma y del espíritu en Dios Nuestro Señor. La oración purifica y corrige todas las potencias del alma, sobre todo cuando se abandona la voluntad personal a la contemplación de Dios y al amor divino que la acompaña.

Ahora bien, sucede en que hay días en que el corazón sin esfuerzo se inclina a la oración, pero en otros momentos las pasiones mundanas lo tironean de un lado hacia el otro como si fuera verdaderamente esclavo de ellas, Diadoco destaca que siempre, en el comienzo de la actividad espiritual, nuestro corazón está parcialmente entibiado por la gracia. Es por eso que a veces el intelecto comienza a fructificar pensamientos espirituales. Pero las partes visibles del corazón continúan pensando mundanamente, porque aun todos sus miembros no están iluminados por la luz de la santa gracia, pero si empezamos a practicar con celo ferviente el recuerdo de Dios, invocando su santo nombre, en adelante la gracia divina iluminará todos

nuestros sentidos con un sentimiento profundo, quemando nuestros pensamientos y penetrando nuestro corazón con una inalterable paz, preparándonos para tener permanentemente pensamientos espirituales.

Diadoco remarca una y otra vez esta enseñanza: *“El intelecto nos exige absolutamente, cuando cerramos todas sus salidas externas por el recuerdo de Dios, una obra que satisfaga su necesidad de actividad. Hay que darle al ‘Señor, Señor’, como única ocupación tendiente a su fin. Que contemple en todo tiempo sólo esta palabra en sus propias cámaras del tesoro, para no volver a sus imaginaciones”*.

Cuando nos lanzamos plenamente a la invocación del Nombre Divino, experimentaremos, a su momento, los consuelos inefables de nuestro Señor, y, ¿cuáles son esos consuelos? Nadie mejor que Diadoco para explicarlo:

“El recuerdo de Dios, que permanece fervoroso por la regulación de la voz, prepara el corazón para llevar algunos pensamientos que hacen brotar lágrimas y están llenos de dulzura. Una dulzura que viene de Dios y colma el corazón. Sentirás –también– abundantemente la consolación divina... podrás gustar sin error la consolación del Espíritu Santo; tu alma se arrastrará por el amor de Dios; sentirás de modo inefable la bondad divina... y el gozo que llegará verdaderamente a tu alma y a tu cuerpo es un recuerdo inefable de la

vida incorruptible. Y, sin duda, muchas otras cosas más que la palabra no puede explicar, y que sólo las conocen Dios y el alma”.

*Por la Prof. Norma Novoa
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*
